

E D U C A C I O N

por TOMAS GARCIA DE LA SANTA
Catedrático.

Siempre ha sido un lugar común muy socorrido quejarse de las dificultades de los tiempos y de lo mala que está la vida. Sin embargo, no hay que sonreírse irónicamente de estas lamentaciones. Los lugares comunes, las frases vulgares encierran siempre alguna verdad, aunque deformada a veces, y en cuanto a los tiempos presentes no es sólo el vulgo quien lamenta sus dificultades y peligros. También las mentes más claras, cuantos representan algo en la vida del espíritu, con el Papa a la cabeza, avizoran cada día riesgos tremendos para un futuro próximo. La Humanidad se acostumbra a todo, pero se estremece cada vez que alguna nueva información sobre los efectos de las armas atómicas le pone carne de gallina. No es lo peor que se haya descubierto la bomba H u otras aún peores, sino que hagan posible su estallido la maldad y la estupidez humanas, la carencia de ley y de freno. El hombre, en un gigantesco y casi divino esfuerzo de su mente, ha creado esos inauditos y poderosos artefactos y por un absurdo monstruoso y estúpido, siendo su creador y dueño, va a destruirse con ellos mismos. Ya el agudo Arniches en una de sus divertidas obras representa a Dios enviando a la tierra un ángel para estudiar la situación de la humanidad y buscar remedio a sus males. El divino mensajero vuelve cariacontecido al cielo:

— Señor, no hay remedio.

— ¿Qué? ¿Tan malos son los hombres?

— No, Señor, son tontos.

En serio y ciñéndonos a nuestro país, urge acorazar el alma de nuestra juventud contra todos estos peligros. En definitiva, sólo los espíritus bien templados podrán ganar la batalla frente a las fuerzas ciegas de la materia. Es un problema pedagógico que apremia afrontar desde una perspectiva nacional. Hagamos el hombre y todo lo demás se nos dará resuelto por añadidura. No hay mejor política ni más eficiente que la pedagógica. Así lo ha comprendido y proclamado el Jefe del Estado cuando afirmó la necesidad de que «en todos los núcleos de población de España el aprendizaje y el espíritu de trabajo tomen asiento para que surjan generaciones sanas de espíritu y de cuerpo que rediman a España de la delincuencia». Y en otra ocasión dijo: «La decadencia se estirpa en los Centros Universitarios». En resumen, educación

popular y educación de los selectos, los dos únicos instrumentos que pueden labrar nuestro porvenir.

Para lograr este fin, para forjar esos instrumentos no bastan edificios, laboratorios, bibliotecas. Aunque son extremadamente necesarios, pese al desprecio que tales medios didácticos merecen a determinados sectores de la enseñanza española. El Nuncio de S. S. en Madrid, en su alocución con motivo de la clausura de la reunión plenaria de Superiores de Institutos Religiosos, el 27 de abril de 1954, dijo: «En la medida consentida por nuestras posibilidades, procuremos a nuestros Institutos laboratorios modernos, gabinetes bien instalados, nutridas bibliotecas». ¡Qué lección para cuantos creen que montar un colegio consiste simplemente en habilitar un edificio cualquiera y almacenar en él de cualquier modo un número excesivo de alumnos que nunca faltan, gracias a la ciega credulidad de los padres de familia y a su afán egoísta y cómodo de descargar en manos ajenas la propia responsabilidad educativa! Si al menos en muchos de esos Centros se educara de verdad a falta de condiciones materiales y técnicas! Pero también en este punto son oportunas y claras las palabras del Nuncio: «Y sobre todo, preocupémosnos de formar la conciencia y el carácter de la juventud. Porque el bienestar de un pueblo no se limita solo al progreso técnico y científico. Es mucho más importante asegurar la honradez de los individuos...»

He ahí lo que necesitamos: la educación total, la formación del hombre completo.

II

No voy a hacer aquí un estudio exhaustivo sobre educación. Ni lugar, ni tiempo, ni capacidad tengo para ello. Pero sí creo muy propio de GUADIANA ocuparse de estos temas y quisiera que mis palabras tuvieran la virtualidad de despertar verdadera y fecunda inquietud por ellos.

Ilustres pensadores—también extranjeros— han afirmado que España es la reserva espiritual del mundo, que tenemos una gran misión universal que cumplir en el campo de lo espiritual. ¿Podremos cumplirla dejando en barbecho ese campo abonado que es el alma

de nuestras juventudes? Así nunca dará cosecha, sino malas hierbas que costará trabajo desarraigar. Es preciso sembrarlo, y con buena semilla. Semilla que no puede consistir sólo en conocimientos, en instrucción intelectual. Así lo afirmaba el ilustre daimieleño Miguel Fisac en un profundo artículo, enormemente sugestivo, que publicó en A B C, citando a Carrel: «La formación exclusivamente intelectual de la juventud constituye también una infracción a una ley esencial del desarrollo del espíritu. Porque el espíritu manifiesta actividades no racionales, lo mismo que actividades racionales. Las actividades que no son específicamente racionales, es decir, el sentido moral, el sentido estético y el sentido místico, desempeñan un papel muy importante en la construcción de la personalidad. Nos hemos equivocado al descuidar la formación afectiva del niño».

Sí, nos hemos equivocado. La filosofía racionalista, desde Sócrates, ha identificado la bondad con la sabiduría. Desde el Renacimiento, la filosofía racionalista gobierna el mundo. Estamos influidos todavía por sus epígonos. Con Rousseau, aunque no queramos reconocerlo, hemos venido admitiendo como un dogma la bondad natural del hombre, que hace innecesario educarlo, y, en consecuencia, nos hemos limitado a instruirlo. Hasta que el tremendo desequilibrio entre el perfeccionamiento moral y el progreso técnico, con enorme ventaja para el último, ha abierto los ojos a Carrel y a nosotros. Aunque ya lo había dicho Santa Teresa con menos aparato psicológico: «El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho». Lo que ha de enterderse no sólo en sentido místico sino que también vale para nuestra humilde conducta de cada día. En fin de cuentas la Santa debía esta doctrina en el manantial eterno del Evangelio: «Si alguno me ama, observará mis palabras y mi Padre me amará, vendremos a El y estableceremos en El nuestra morada». El secreto de la conducta humana no está en saber, sino en amar.

El gran educador católico San Juan Bosco, llamó claramente la atención sobre la importancia de la educación afectiva. Con él, y en definitiva con el Evangelio, coinciden Balmes, Ramón y Cajal y el P. Eymieu, S. J., entre tantos otros.